

EL SACERDOTE, MINISTRO DE LA MISERICORDIA DE DIOS¹

En los primeros años de mi ministerio, hace ya muchos, conocí y traté bastante a fondo a una religiosa de cuya comunidad me convertí en una suerte de capellán -sin nombramiento- y que ahora, tras el tiempo transcurrido, reconozco que fue muy importante en mi vida (aquella comunidad, y cada una de las hermanas que la formaban -también la aludida) como sacerdote y como cristiano.

La religiosa a la que me refiero ya era entonces muy mayor o, al menos, a mí me lo parecía, seguramente porque entonces yo era muy joven. Por aquellos años del post-concilio, a ella como a otras religiosas -en realidad pocas en aquella comunidad y en la congregación a la que pertenecían-, les estaba costando lo que no está escrito en los libros aceptar los nuevos caminos que el Espíritu abría a su Iglesia y, en ella, a vida consagrada. Entonces también a mí me costaba comprender las resistencias de los cambios y a las transformaciones que se estaban operando en la Iglesia y en el mundo (ahora es a mí a quien me resulta difícil aceptar algunos cambios que apuntan a lo que podría ser una especie de “vuelta atrás”). Pero también había algo en el temperamento o en el carácter de aquella buena mujer, en su biología o en su biografía, que la hacían resistente -de entrada- a cualquier novedad. Y esto que, en realidad, era una carencia suya, ella lo consideraba su “timbre de gloria”. Por ejemplo era la única de su comunidad que llevaba el hábito primitivo de su instituto religioso y en una comunidad y una congregación en la que la alegría era -y es- una constante, ella tenía a gala no reír, ni siquiera sonreír mucho, como enseñaba Jorge de Burgos, el tenebroso monje de “El nombre de la Rosa” de Umberto Eco, algo que ella -aunque nunca supo ni de aquel libro ni de su autor- de algún modo lo justificaba, contándonos cómo de pequeña su padre ya le decía que “parecía un Juez de Primera Instancia” por lo seria y arisca que se mostraba, incluso en su casa. Naturalmente, su padre la conocía mejor que nadie..., pensábamos quienes la escuchábamos tratando de disimular la sonrisa y/o la risa, cuando no de acallar una sonora carcajada que, delante de una monja - “Juez de Primera Instancia” -ni siquiera “jueza”, lo que hubiera dulcificado en parte el calificativo o la profesión que su padre le hubiera atribuido... de no haber sido religiosa- hubiera estado absolutamente fuera de lugar.

Por si alguien no lo recuerda -o no lo sabe-, la novela “El nombre de la Rosa” - que también fue llevada al cine con regular acierto- trata de los crímenes que se suceden en una Abadía centro-europea para intentar ocultar un libro: el segundo de la Poética de Aristóteles y negando incluso su misma existencia... por el él algunos pensaban que se exaltaba la risa, de la que el tenebroso Jorge de Burgos (tan sombrío que, tanto en el texto como en el film está completamente ciego) dice que “es un viento diabólico que deforma los rasgos de la cara y hace que los hombres parezcan monos”, aunque en verdad el P. Jorge (pues para Eco -no tengo ni idea del por qué- este monje, el más sombrío de la abadía era español de Burgos...) rechazaba la risa

¹ Boletín "Camino a Betania" Boletín número 50 págs 20-25. diciembre del A.D. 2016. Tiempo Adviento Ciclo A. Valencia 2016.

porque ésta: “mataba el temor, y sin temor no puede haber fe porque, sin temor al demonio, el hombre ya no sentiría la necesidad de Dios.

Aquella hermana no sabía que, como dice en esta novela que vengo comentando y que tanto me gustó cuando la leí por primera vez allá por los años ochenta, el franciscano Guillermo de Baskerville “no se puede terminar con la risa destruyendo un libro”, porque la risa es un propio del hombre: es decir, sólo los seres humanos, a diferencia de los animales, somos capaces de reír -y de sonreír-, porque ni esa especie de carcajadas de las hienas ni las muecas de los chimpancés se puede calificar de risa... lo que no quiere decir que no sientan y expresen su alegría...

Valga toda esta introducción, posiblemente demasiado larga -y demasiado prolija- para centrar el tema que Don Rafael me ha encargado para esta revista de nuestras asociaciones: “El sacerdote testigo y/o ministro / servidor- de la misericordia”.

El buen humor ha gozado de mala prensa en la literatura mística y ascética - sobre todo en la menos buena- tal vez porque, olvidando que es un “propio” del hombre, se le ha tenido como un arte “menor” o un subgénero literario igualmente “menor”. ¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué nadie pone en duda la importancia de la tragedia -y de su versión musical, la ópera- mientras que al drama o a la comedia se les considera como uno o dos escalones por debajo de aquélla en el ranking de la excelencia literaria? Incluso el término “cómico” tiene un carácter de poca formalidad de superficialidad o ligereza frente al valor y la consistencia que llega tras anunciar en cualquier diálogo, después de las risas, las formalidades y las trivialidades: “Bueno, ahora ya en serio” como el momento en que empieza lo que verdaderamente importa.

Lo que pretendo comunicaros -“ahora ya en serio”-, es que la misericordia del buen Padre Dios y, por tanto, la misión de anunciar a todos los hombres que Dios ha tenido misericordia de cada uno de nosotros y de la humanidad entera, es algo central en la buena nueva cristiana y en el servicio de la evangelización: ése es precisamente el Evangelio del que el Señor nos ha hecho sus testigos y anunciadores: que Dios se ha compadecido del extravío de los hombres y, con entrañas de misericordia “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim, 2-4).

¿Por qué los cristianos hemos de ser “misericordiosos como el Padre” -y más en concreto quienes actuamos o deberíamos actuar en la Iglesia y en el mundo siempre “in persona Christi-?” Este año litúrgico, que ha coincidido con el “Año Jubilar de la Misericordia” y que está a punto de “se acabar e consumir” para dejar paso a un nuevo Año de Gracia, hemos leído cada domingo el evangelio según San Lucas en el que la misericordia es como su hilo conductor y al que pertenecen las tres parábolas llamadas “de la Misericordia”: “la oveja perdida”, “la moneda perdida” y “el hijo pródigo” que ocupan todo el cap. 15 del tercer evangelio. En Lc 15, 1-2, a modo de preámbulo, el evangelista las introduce así: “Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: -‘Ese acoge a los pecadores y come con ellos’”. En ellas encontramos la respuesta al por qué de esta vocación que hemos recibido los cristianos -y concretamente los sacerdotes- de ser servidores -ministros- de la misericordia.

No nos es lícito a los cristiano cuando comentamos este texto y otros semejantes, cargar las tintas sobre los fariseos... por varias razones. En primer lugar

por sentido común... y evangélico: y que podemos resumir con estas otras palabras salidas de la boca de Dios: “El que esté sin pecado, que tire la primera piedra” (Jn 8, 1-11). Pero también porque los fariseos que, de todos los grupos religiosos del judaísmo contemporáneo de Jesús son los que más polemizan con Él, no eran los que estaban más lejos de Él y de su evangelio. Al menos con ellos había debate, controversia; con los saduceos, sin embargo, no hay ni eso: las grandes familias sacerdotales del judaísmo palestino del tiempo de Jesús todas saduceas- estaban tan lejos del los valores que representaba el Maestro de Nazaret, que nunca mostraron el más mínimo interés en encontrarse para dialogar o para discutir con Él. Además, los fariseos eran generalmente pobres, buenas personas o, al menos, trataban de serlo: Cumplidores de la Ley, aunque a veces “colaban el mosquito y se tragaban el camello” (Mt 23, 24), estaban más cerca del evangelio que los saduceos o los herodianos, por ejemplo. Y de hecho figuras como Saulo / Pablo, el que sería el gran Apóstol de los Gentiles dirá de sí mismo... con un leve e indisimulado deje de vanidad a la hora de definirse: “Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad (Jerusalén); fui educado a los pies de Gamaliel en todo el rigor de la Ley de nuestros padres y tenía tanto fervor religioso como vosotros ahora” (Hch 22, 3) de lo que se muestra muy satisfecho: “hebreo, nacido de hebreos y, en cuanto a la Ley, fariseo” (Flp 3,6); “viví como fariseo, de conformidad con el partido más estricto de nuestra religión” (Hch 26,5; cfr. Gal 1,14); “en lo tocante a la Ley, era fariseo; si se trata de intolerancia, fui perseguidor de la Iglesia y en cuanto a la rectitud que la Ley propone, era intachable” (Flp 3, 5s).

Se ha dicho que el fariseísmo es la tentación -y, muchas veces, el pecado- de “los buenos”. Por eso los cristianos hemos de huir de él posiblemente más que de otras tentaciones y de otros peligros que se ciernen sobre nuestra existencia, siempre inclinada al pecado y por eso el sacerdote que administra la misericordia de Dios en Su nombre y que tantas veces ha recitado las palabras de la absolución sacramental con la mano sobre la cabeza del que ha venido dónde él anhelando ser reconciliado con Dios (ver 2Cor 5, 20) por medio del Sacramento de la Reconciliación o Penitencia: “Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” no puede dejar de ser misericordioso con sus hermanos. Si Dios perdona sin condiciones -y perdona siempre-, si su perdón se parece más a una reconciliación entre un padre y su hijo, entre el esposo y la esposa o entre hermanos... y el sacerdote no es sólo un testigo mudo y extraño en estas reconciliaciones, sino que para hacerlas audibles, visibles y sensibles le presta su voz, sus palabras y sus gestos (“verbis gestisque”) al mismo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo... para que el perdón divino pueda ser percibido, también sensiblemente, por quien lo recibe... ¿cómo no va a acabar teniendo también él “entrañas de misericordia”? Si “l'aigua per on passa banya”, ¿cómo el hecho de administrar el sacramento del perdón y de la paz a sus hermanos no irá poco a poco suavizando la conciencia, el corazón y las entrañas del sacerdote ministro de la reconciliación y haciéndolo misericordioso como el del Padre? Y también a la inversa: si los sacerdotes -y también todos los cristianos- no son (no somos) compasivos y misericordiosos, cómo podría llegar a todos los que necesitamos sentir su amor misericordioso, la voz y la voluntad del Señor que se nos ofrece: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y

humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (Mt 11, 28-30).

¿Es mucho lo que el Señor pide a los sacerdotes? Seguramente sí; pero también lo es que ni el mismo Dios nos ha obligado a nadie a entrar por este camino... y que - como canta un himno de Vísperas- “a jornal de gloria no hay trabajo grande”. Y, sobre todo, que Dios mismo se encarga de que recibamos siempre muchos más de lo que damos. Por eso pienso que los sacerdotes, y cuantos estamos llamados a ser portadores de la misericordia de Dios para con la humanidad entera, hemos de ser “misericordiosos como el Padre” y como lo fue Jesucristo, “la viva hechura del Padre”: con alegría, porque sin ella a la misericordia le faltaría el corazón (de “cor-cordis”) y nos quedaríamos sólo con la raíz “miser”: pobre. Por eso la misericordia con que los sacerdotes hemos de acoger a los que están cansados y agobiados para que puedan descansar en Cristo de sus desánimos y pesares no precisa de Jueces -ni de Primera Instancia, ni del Tribunal Supremo- sino de pastores a imagen del Buen Pastor, que les acojamos con amor -y con su complemento a veces tan necesario que es el humor y la sonrisa (algo que aún hoy no entienden algunos en nuestra querida Iglesia). Por eso acabo con la letra de esta canción de Luis Enrique Ascoy: “SONRÍANOS, PADRE”, dedicada a un cura anónimo:

-25-

Yo sé que a veces es muy dura su rutina Y que la vida consagrada es cosa seria y no de risa. Debe ser duro oír pecados todo el día Y que los niños lloren justo en lo mejor de su homilía Y que la ofrenda ya no alcanza para pagar la luz y el agua Y que tampoco le resultan ni los bingos ni las rifas. Yo sé que duerme solo cinco horas al día Y que hay mujeres que lo buscan alucinando fantasías Yo sé que el coro muchas veces desafina Y que le cantan aleluya en pleno Miércoles de Ceniza Y que motivos no le faltan para vivir con cara larga Pero reciba este pedido que le hacemos de rodillas: Sonría... SONRÍANOS PADRE, SONRÍA QUE NUESTRO SEÑOR NO HA PROHIBIDO LA ALEGRÍA SONRÍANOS PADRE, SONRÍA QUE SI ESTÁ FELIZ SALDRÁN MEJOR SUS HOMILÍAS

SONRÍANOS PADRE, SONRÍA QUE EL AMOR DE DIOS LLEGA MEJOR CON SIMPATÍA SONRÍANOS PADRE, SONRÍA SEA QUE VISTA DE NEGRO O CON JEANS Y ZAPATILLAS SONRÍA... Yo sé que hay grupos que más parecen pandillas Y que en verano hay chicas que desabrigadas van a Misa

Yo sé que sufre deserción de catequistas Y que le exigen resultados que ni un Santo lograría Y es que la carga es muy pesada si usted solito va llevarla Por eso déjese ayudar y escuche a su feligresía: Sonría... SONRÍANOS PADRE, SONRÍA QUE NUESTRO SEÑOR NO HA PROHIBIDO LA ALEGRÍA SONRÍANOS PADRE, SONRÍA QUE SI ESTÁ FELIZ SALDRÁN MEJOR SUS HOMILÍAS SONRÍANOS PADRE, SONRÍA QUE EL AMOR DE DIOS LLEGA MEJOR CON SIMPATÍA SONRÍANOS PADRE, SONRÍA SEA QUE VISTA DE NEGRO O CON JEANS Y ZAPATILLAS SONRÍA...

Sonría... Sonríanos Padre, sonría ¿Qué cree que hacía Jesús cuando acababa una silla en su carpintería? Sonríanos Padre, sonría ¿Y cuando se acordaba como Pedro caminando en el agua se hundía? Sonríanos Padre, sonría ¿Y en aquellas bodas cuando María “di que sí, di que sí, le pedía”? Sonríanos Padre, sonría ¿Y cuando vio -25-

a Zaqueo descolgándose del árbol aquel mediodía? Sonríanos Padre, sonría, sonría, sonría Que ni mil conciertos como éste valen una sola de sus Misas...

Cordialmente, con amor y con humor. Y con una amplia sonrisa:

José Vicente Olmos Martinez

Jovi, cura de Alboraya